

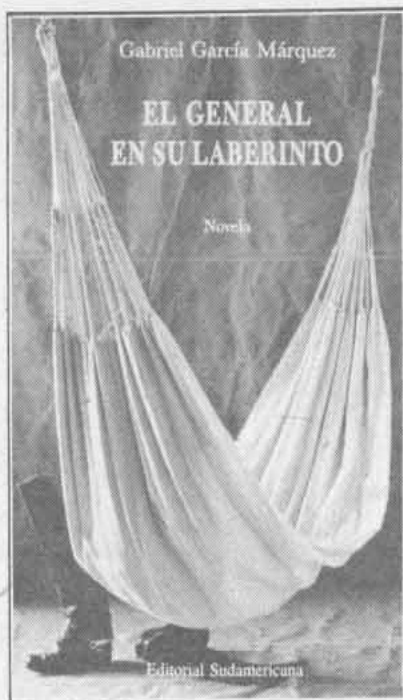
# Venid y Vamos Todos

Hay personas de carne y hueso, no antes de ficción, en cuyos planes de lectura no encaja la crítica alternativa, que yo practico. Eso de que las cosas no son absolutas, salvo lo absoluto, no les entra en la cabeza. Piden negro o blanco. Si lo negro no es del todo negro, si es, por ejemplo, algo asalmonado, les sabe a estafa, a mentira, a movida de palillos filosóficos; bergsonianos, casi siempre. Ortegúanos a veces. Pues bien, yo pienso que las cosas son en tanto son, y apenas dejan de ser, adiós virtud inamovible de las cosas.

Se me dirá que opero con las mañas (o las marañas) de Perogrullo. La razón de Perogrullo, aparte de su obvedad metafísica, recuérdese, estriba en su verdad objetiva, manifiesta, en el motivo sin obstáculos de su peso. La verdad de Perogrullo valora su peso en oro.

Oídas estas consideraciones, se me permitirá que cierre o abra la semana con unas apostillas a dos libros del poeta chileno Mahfud Massís, que, contra todos los presagios de su modo de vida, asentó, al parecer en forma permanente, su residencia en Venezuela. Como se sabe, la caída del Gobierno de Allende sorprendió a Massís en el cumplimiento de funciones oficiales en Caracas. De seguro (no tengo el caso claro) se le vetó de hecho el regreso. Casado con la pintora Lukó de Rokha, hija de Pablo de Rokha y de Winétt de Rokha, Mahfud Massís, hubo de arreglárselas para vivir fuera de su patria y, naturalmente, lejos de hijos y nietos. Alguna vez, con motivo de un homenaje a la memoria Pablo de Rokha en el ámbito de la Sociedad de Escritores de Chile, el actor y poeta Alfonso Jorquera, de llorado recuerdo, y su mujer, la actriz Marcela Fuentes, establecieron un puente a través de la palabra entre Massís y sus compatriotas. Más tarde, la frialdad del telón de hierro; el rígido aislamiento político de la cultura chilena. Cuando, por fin, Mahfud Massís, con quien habíamos mantenido amistad de tú por tú en vida de su suegro, el enorme Pablo de Rokha, pudo reingresar temporalmente en Chile, su tierra, no tuvimos ocasión de saludarlo. A su partida, alguien de buena voluntad nos transmitió sus parabienes. Y ahí se suspende la historia.

"Llanto del Exiliado" se titula el primero de estos libros de Massís que nos ocupan. Se trata de un poema extenso y muy intenso de carácter. Está fechado en Caracas en 1986. Al final el autor estampa la siguiente nota: "Mi reconocimiento a Ricardo Caputto, amigo



invaluable, y a Patricia, su mujer, sin cuyo concurso no hubiera sido posible la edición de esta obra. También a Luigi Luongo, por su permanente estímulo". Para formarse una idea aproximada de la experiencia desgarradora que este poema resume, detengámonos en un fragmento de su parte V: "Eras la carne, la miel, / mientras yo fumaba / aquella noche de los cigarros largos, / y la casa estaba rodeada / por enmascarados que pronunciaban tu nombre. / Había un lazo, / en él te colgaron, compañera, / tu perfil se perdió y yo continué viviendo. / Ahora hay en el cuarto una gardenia por única compañía...". Transido de emoción, el poema constituye un delicado y profundo comentario lírico a la degradación que produce la violencia, como puede registrarse en el verso, que viene luego: "Destruyeron la luz, / degradaron tu belleza...". Pensando, cavilando, / acerca de la experiencia recogida por Massís, retrocedemos a su obra de los comienzos, "Las Bestias del Duelo" (Multitud, 1949), cuando Pablo de Rokha lo presentaba así: "Saludo en Massís, acendrado y desterrado varón contemporáneo de ya ancianas razas, a un compañero de jubileo creador...". Allí, en ese libro de 1949, con poemas escritos en el período comprendido entre 1941 y 1948, bajo el título de "Gehenna", Massís parece adivinar el futuro: "¿Hacia dónde caváis, desventurados

mineros? / Ya no queda más luz / y las vacas han parido tres veces sobre vuestras tumbas...".

El otro libro que nos ha hecho llegar Mahfud Massís desde Caracas se llama "Este modo de morir" (Premio Municipal "Augusto Padrón", Concejo del Municipio Girardot, Maracay, 1988). Más despejado o despojado de horrores verdaderos, o metafóricos. Massís muestra la rutilante *netezza* de un estilo y de una voz que trasuntan la peculiaridad viva alcanzada por su verso. V. gr. **El Testigo**: "Caíste sobre la casa. Yo era sólo el testigo. / Adentro, la especia / ardiendo, / en la tarde del tabaco. / Llama al último rui señor para revivir los dispendios, / alma mía; / todo está cubierto de azarcón / y los tábanos sollozando / en la paja inundada...".

No sólo se hable de Parra, de Rojas, de Zurita. Háblese también de Massís. Si lo que se pretende es restituir los signos de la justicia... poética.

## "EL GENERAL" DE GARCÍA MARQUEZ

A Gabriel García Márquez le atraen los coroneles, los generales, los patriarcas otoñales y mandarines, los dictadores uniformados. En todos sus libros, o en casi todos sus libros, de alta densidad literaria, desfilan charreteras, ya como reliquias históricas, ya como insignias de mando. ¿De ahí quizá su simpatía por Fidel Castro que, al parecer, lo único que postulaba para sí no era un título de doctor en Ciencias Jurídicas, sino un uniforme de guerrero en campaña? De todas formas, García Márquez es más, mucho más, que Castro. Este último, ahora poco, delante de Gorbachov, en La Habana, no fue nada. Se quedó en la fase arcaica del "comunismo de guerra". Gorbachov, en cambio, acabó echando por las ventanas del Kremlin la mala sombra de Stalin.

En "El General en su Laberinto" (Editorial Sudamericana, 1988), glosando los últimos, tupidos y llovidos días de Bolívar, García Márquez exhibe su destreza magistral de narrador. En su pluma —en la de García Márquez— Bolívar revive como un cisne para morir como un personaje de novela. Relato lineal, sin *fiorituras* de lenguaje, sin complicaciones técnicas, el de García Márquez confirma las virtudes expresivas del maestro colombiano.